

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espiritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica todos los domingos. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas.— Por un año 6.— A los corresponsales 2'50 la mano.

MUJERES NOTABLES



MARCELA SEMBRICH

(PRIMA DONNA)

MADRID VICIOSO

por

E. DE LA CERDA.

II



ANICETO no es tonto ni mucho menos.

Pero en punto á ilustración, no es un Séneca, ni cosa así.

Aniceto vistió siempre con gran elegancia.

Y sin embargo, ni es rico, ni tiene, digo, no tenía hace años, empleo, ni arte, ni oficio conocidos.

Aniceto no es noble, ni siquiera de familia conocida.

Y no obstante, muchos círculos aristocráticos se han abierto para él.

Aniceto es hoy diputado, ha sido subsecretario y camina para senador; tiene coche, habita un hotel, y va á casarse con una millonaria cubana.

¿Qué milagro es éste? ¿Qué hada benéfica le protege? ¿Por qué hombres de más talento, de más ilustración, de mejor cuna que él, se desesperan dentro del círculo de hierro que en torno de ellos ha trazado la suerte, y que no pueden franquear jamás, mientras la fortuna parece complacerse en prodigar sus dones á estas insignificancias?

Se me olvidaba decir que Aniceto es muy buen mozo.

¡Pero hay tantos buenos mozos oscuros, pobres y olvidados!

Además, Aniceto es muy robusto.

Buena condición para jayán, dirán Vds.

¡Ah! un buen mozo, robusto y elegante, lleva en sí muchas veces un ministerio en la cabeza.

A costa de lo que llevan otros, eso sí.

A Aniceto no se le conocieron hasta ahora amoríos con señoritas de la clase media ni elevada.

Ese era un misterio para todo el bello sexo, que no estaba en el secreto.

Y el secreto lo poseían pocos, muy pocos.

Se conocía principalmente en las altas regiones oficiales, donde llovían las tarjetas blasonadas recomendando alguna pretensión de Aniceto.

«La condesa de V., la baronesa de A., la vizcondesa de L. ó la marquesa de R.,

B. L. M.

al Sr. Ministro, y le recuerda su ofrecimiento de reservar el distrito de... para el joven D. Aniceto Carrasquiña, á quien tiene recomendado.»

O bien:

«Ruega al Sr. Ministro la honre viniendo á hacer hoy penitencia con ella, sin olvidar traerse la credencial de... para el Sr. Carrasquiña.»

O:

«En la concesión de cruces que va á hacerse á industriales y expositores de todas clases, puede incluir usted la que le tengo pedida para mi recomendado D. Aniceto Carrasquiña.»

De éstas y como éstas podrían presentar un fajo de cartitas, volantes y tarjetas todos los ministros desde la Restauración hasta la fecha.

El nombre de Aniceto Carrasquiña lo llevaba fotografiado en el cerebro todo el que podía conceder alguna merced.

Las cuentas del sastre, del zapatero, del camisero, de Lhardy, de las contadurías de teatro por abonos, del maestro de coches á la orden, de varios ingleses, en fin, del joven Aniceto, eran por éste respaldadas con las señas de alguna protectora.

Y las cuentas se pagaban religiosamente.

Vamos, un Tenorio sin vergüenza, dirán ustedes.

¡Cál!

Si pudiesen transcribirse en fototipia aquellas cartitas que el joven Aniceto recibía diariamente, muchas de ellas blasonadas como las tarjetas de recomendación, adivinarían Vds., mis queridos lectores, qué clase de víctimas del amor de Aniceto eran aquéllas.

Renglones desiguales, letra temblona, á veces un olor muy pronunciado á Kentucky, ó polvo de rapé, denunciaban lo provento de la edad de aquellas enamoradas señoras.

En efecto, Aniceto era el amante de todas las desesperadas damas de Madrid, jubiladas por Cupido, por haber cumplido la edad reglamentaria, en que la pecadora necesita ir pensando en la salvación de su alma y en el descanso de su cuerpo.

Esas desdichadas señoras, que no se resignan á apagar la vela que encendían á Satanás, al par que la que consagraban á San Miguel, tenían en Aniceto el *cavagliero servente* más decidido y menos escrupuloso.

Es verdad que ellas pagaban bien sus servicios galantes, empujándole con su influencia en la carrera política, y saliendo al quite de sus acreedores con su dinero.

Hé ahí por qué Aniceto, ignorante, pasa por discretísimo; por qué Aniceto, oscuro, tiene abiertos los salones de la aristocracia; por qué Aniceto, antes de ser personaje, no necesitó trabajar para comer bien, vestir bien y divertirse bien.

A todo subvenían sus *abuelas*.

Por repugnante que sea el entretenimiento de un hombre por una mujer, y de esos casos los hay en Madrid á centenares en todas las clases, nunca lo es tanto como el verse sostenido por ancianas viciosas que, imposibilitadas de crear pasiones con sus ojos de merluza moribunda, su boca desdentada y su cutis de sobrepelliz rizada, *se mercan* un amante como un par de chanclos de caoutchouc, que las prodigue alaban-

zas á su rubia cabellera de crepé, y á su rostro enjabelgado de cascarilla y colorete, y á su talle un tiempo torneado y hoy ceñido con torno por un corsé revestido de almohadillas y algodones por todas partes, y que las haga trasportarse en alas de la ilusión á los venturosos tiempos juveniles.

Estas madrecitas, que cuentan ya la edad por du-ros, pagan á cualquier precio estos recuerdos, y he ahí por qué nuestro Aniceto de nada carecía entonces. y ha podido ir escalando posición tras posición, desde la silla edilicia hasta la silla curul, que indudablemente ocupará con el tiempo.

LA LIVADA

POR STANS.

Era hija de una naranjera de Marsella, se decía por lo bajo, al mismo tiempo que se la manifestaba el mayor respeto porque llevaba un nombre conocido, tenía un título, poseía una gran fortuna y gastaba mucho lujo. Su sociedad se componía de los hombres más ricos y más distinguidos de Londres. En su casa se jugaba fuerte, se oía música excelente y se comía á las mil maravillas. Iban á ella pocas ó ninguna señora: sólo cierta condesa de Milán ó del Piamonte, cuya única belleza consistía en una enorme cabellera salvaje, y una jovencita muy alta, muy delgada, muy morena que, sin ser bonita parecía serlo, y á quien la dueña de la casa protegía, con el fin, según decía, de buscarla un marido... Esta era su principal sociedad femenina, porque no quiero mencionar ciertas ínfimas comparsas, de quienes nadie se ocupaba, que daban seguramente su utilidad; pero que, en apariencia, no iban allí con otro objeto que el de cantar las alabanzas de la que llamaban la baronesa de Livada.

El barón existía. Algunos íntimos le habían conocido. Desde hacía algunos años, había desaparecido. Decíase que había sido encargado por su gobierno (!!!) de una misión científica... Esto bastaba. Su mujer enseñaba algunos fragmentos de cartas en las que hablaba de los peligros de su exploración, de su próxima vuelta, sin cesar aplazada.

De aquí el coro de comparsas tomaban pie para contar cómo la baronesa había sacrificado su vida entera á un hombre cuya sola pasión era la ciencia; esto acompañado de una multitud de anécdotas, en apoyo de sus afirmaciones, de las cuales la más insignificante demostraba victoriosamente, que la mujer era un ángel y el marido un animal.

El hecho es, que el pobre barón era el más triste *sire* de su época. Se había dejado casar ya decrepito, y sin saber cómo ni por qué, con una bella joven, á quien protegían elevadísimas personas. Esto había tenido lugar en París. Pero cuando estos amigos hubieron provisto á su protegida de un nombre rimbombante y de un estado casi conveniente en el mundo, hi-

cieron embarcar al marido inmediatamente para aquellos lejanos países. Se le dió una cosa así como un consulado; partió y no se le volvió á ver más.

En cuanto á su mujer, después de haber vivido algunos años en París, fué á Londres, donde se instaló en una bonita quinta de Kensington-Garden, que compró al viejo conde Postdale. Recibía de sus amigos de París cartas para los hombres de la aristocracia y de la banca. En breve abrió sus salones. Todos pretendían conocerla. Tuvo su palco en el teatro de Su Majestad. Se admiró su equipaje en Hayde Park, en las carreras, y la corrección de su *four in hand*; su *toilette* fué citada; los más hermosos diamantes de casa de Mortimer fueron por ella comprados y pagados al contado. Tuvo cuadros de los primeros maestros, una estufa para las flores, otra para las uvas, otra para las ananas. Su casa, admirablemente montada, encantaba á sus convidados por su gran *confort*. En parte alguna se bebía mejor claret que allí, ni más en punto, ni muy frío ni muy caliente, y su vino de Champagne de la mejor marca, caía siempre en chorros condensados en las copas de cristal que ostentaban sus armas y su corona de baronesa.

Y sin embargo, era cierto lo que se decía en voz baja... Era hija de una vendedora de naranjas y hasta la edad de doce años había recorrido con los pies descalzos las playas de Marsella.

En esta época, un jovencillo, vecino suyo, obtuvo de ella la primera cita por un puñado de nueces. ¡Ella, que veinte años después pedía á sir Leicester Warwick quinientos mil francos por un viaje de ocho días por Escocia!... Este puñado de nueces, que se trocó en un montón de perlas finas, fué su estreno. Siempre fijó su precio.

—Aunque fuese una muela, la pediría antes que no pedir nada absolutamente, decía cierto día de abandono á la condesa italiana, que tenía costumbre de amar á tontas y á locas con gran indignación y soberano desprecio de su amiga.

Su mejor discípula fué la joven morena y pálida que todo París ha conocido bajo el nombre de marquesa de Swet-Lane. La tomó en París, donde vivía pobremente, yendo, sin embargo, por el mundo en busca de un marido y bajo la custodia de una madre, que en ocasiones sabía cerrar los ojos. Un ministro de entonces la protegió durante algún tiempo y colocó á su familia no sé en qué ramo de la administración.

Tenía un compromiso serio cuando la baronesa se la llevó á Londres, e hizo de ella, no obstante la diferencia de edades, su amiga íntima.

La permanencia en Inglaterra le fué provechosa; volvió á Francia al cabo de algunos años con un nombre y una fortuna... Se la ha visto en el famoso baile de la marina en todo el esplendor de su nueva posición causando sensación por sus gruesos diamantes y el sorprendente contraste de una palidez mármorea con la negrura de sus abundantes caballos. Se



La señorita Anita y su augusta portera.
 LA SEÑORITA ANITA.—¿Conque estamos conformes, señora Mónica?
 LA PORTERA.—Sí, señorita.
 LA SEÑORITA ANITA.—¿Me asegura Vd. que tiene trazas de hombre distinguido?
 LA PORTERA.—Buena ropa blanca; una cadena de reloj hasta allí, guantes nuevos, un acento así como extranjero; en fin, no hubiera deseado para mi otro mejor en mis buenos tiempos.
 LA SEÑORITA ANITA.—¿Qué edad tendrá?
 LA PORTERA.—De cincuenta y ocho... á sesenta años.
 LA SEÑORITA ANITA.—La mejor. ¿Y debe volver hoy?
 LA PORTERA.—Sí, le he dicho ayer que el cuarto, no estaba visible porque se había Vd. llevado las llaves.
 LA SEÑORITA ANITA.—Muy bien.
 LA PORTERA.—Le he dicho que viniendo á la una... ¿Sabe Vd. señorita que me expongo grandemente, comprometiéndome por Vd. para con el casero? Porque, en fin, si supiese que permito este subarriendo, se enfadaría.
 LA SEÑORITA ANITA.—Creo que esto puede arreglarlo todo (poniéndole cinco duros en la mano).
 LA PORTERA.—Vamos, bien, da gusto trabajar para usted.
 LA SEÑORITA ANITA.—¿Ha comprendido Vd. bien la disposición de mi escenario?
 LA PORTERA.—¡Ah! sí, señorita, perfectamente.
 LA SEÑORITA ANITA.—Ya es hora de que baje Vd.
 LA PORTERA.—La una menos cuarto: creo que él debe adelantarse.
 LA SEÑORITA ANITA.—Yo voy á preparar los accesorios.

II

La señorita Anita va á buscar un anafe con rescoldo, sobre el que echa carbón.



Mientras prende el carbón, Anita se empolva la cara y se tiñe de azul las ojeras.
 —Veamos, ¿estoy así natural? Sí... no estoy mal... El pelo un poco destrenzado... ¡Bah! Esto olerá un poco á drama... ¡Porra! ¡Lo que huele es á carbón! ¡A ver! pasos en la escalera... ¡atención! (Se encierra y se arroja precipitadamente en la cama.)



III
 Se oye á la portera que habla con alguien.
 —Sí, señor; hay dos alcobas, un comedor...
 —¿Qué olor tan raro (voz de hombre.)
 —¡Es verdad! Parece de tufo de carbón...
 —¿Hacen humo las chimeneas? Yo, detestar el humo.
 —¡No, señor! Es preciso que aquí ocurra algo raro.
 —(La señorita Anita en la cama.) Si tardan mucho voy á cerrar el ojo. Vaya un efecto... parece que he comido ostras...
 —(La portera.) ¡Ay Dios mío!
 —¿Qué tener osté, señorita?
 —Eso viene de allá arriba... Qué sospecha tan atroz... La joven que vive ahí y cuyo marido ha abandonado.
 —¡Un suicidio! A mí me gustan mocho los dramas.
 —Señora, señora; abra Vd... Está encerrada... No hay duda... ¿Qué desgracia! ¡Señora!
 —Espere osté, yo ser muy fuerte... (De un espantoso golpe de espalda abre la puerta. El extranjero y la portera entran.)
 —¡Grrran Dios! es encandadora...
 —Es espantoso. Está medio muerta... Señora de Pelaez, vuelva Vd. ensi... ¡Ah, si me lo había figurado!...
 —(Anita con voz desfallecida.) La ventana... la ventana... aire... aire!
 —(El extranjero.) ¡Oh! ¡Yes! Rompe un cristal.



—(La portera por lo bajo á Anita.) Ya ve Vd. que yo le había juzgado bien. Es un hombre que no repara en gastos.
 (Anita entreabriendo un ojo.) ¡Ah! ¡por qué no me dejan morir! (por lo bajo á la portera.) Haga Vd. como que va por un médico y déjeme á solas con él.
 —(La portera gritando.) ¡Sicorro, Dios mío!... ¡Un médico!... Caballero, tenga Vd. cuidado con ella mientras salgo...
 ANITA.—¡Ah, estoy muy... (Mirando al extranjero.) ¡Mi marido!... ¡No; no volverá jamás!...

EL EXTRANJERO.—¡Tanto mejor! ¡Es preciso degarle donde se está á ese hombre malvado!
 —¡Yo quiero morir!
 —¡Morrir! ¡A la edat dusté! (con acento tierno.) Cuando habría tantas personas que quisieran darla la vida é hacerla dichosa...
 —Yo no conozco á Vd.; ¿quién es Vd.? ¿Qué hace Vd. aquí? (incorporándose.)
 —(El extranjero aparte.) ¡Oh! Ese peinador... dejaba ver unas cosas... Señorra, suplico á usted...
 —Caballero, un poco de agua...
 —¡Oh! ¡Yes!.. Aquí la tiene usted, señorita.
 —No tengo fuerzas... (Dejándose caer de espaldas.)



—(El extranjero aparte.) ¡Oh! Qué aventura... Estoy fuera de mí.
 —Quiere Vd. ayudarme á llevar á los labios este vaso.
 —¡A sus labios! ¡Oh! Todo lo que Vd. quiera...
 —Creo que voy á ponerme mala otra vez. (Le pasa el brazo por el cuello.)
 —Señorra... Mistriss (aparte.) ¿Qué hombros! (Alto.) Señorra, apóyese usted sobre este corazón leal, que late por usted.
 —Caballero, yo no permito á nadie...
 —Nada importa. Yo soy libre, señorita, de mi fortuna y de mi persona; libre como la libre Inglaterra.
 —Gracias, caballero; pero yo no sabría vivir sin mi propia estimación, y Vd. sería el primero en despreciarme si yo aceptase...
 —¿Ni aun de un amigo?
 —¿Con que hay aún nobles corazones sobre la tierra? ¡Todos los hombres no se parecen á mi indigno esposo!
 —No, yo no me parecer á él absolutamente en nada... Yo estar á los pies de usted.
 —(La portera entrando.) Ni un médico para un remedio.
 —Es inútil, mi buena señora Mónica, me siento mejor; acompañe Vd. al señor.
 —¡Oh! Me permitirá usted que vuelva?
 —Sí, una sola vez para informarse de mi salud. (Le tiende la mano.)
 —¡Oh, ángel, oh! (Sale saludando profundamente.)
 —¡Cogido! Ahí tenéis, señora Mónica, cómo se puede producir un incendio con carbón.
 —¿Quito el anuncio?
 —Todavía nó. Luego lo guardará Vd. para otro... ¿Sabe usted? Porque yo no creo que éste sea hombre que tenga conmigo para seis meses en el portamonedas.



la suponía con grandes ínfulas en sus elecciones y sus esperanzas, defraudadas en un tiempo, se vieron más tarde satisfechas.

Un oficial de órdenes de un monarca se acuerda aún de la visita que hicieron á éste en la corte dos damas elegantísimas; no tenían cartas de recomendación; pero querían á toda costa ver á Su Majestad... El oficial se resistía, la baronesa insistía; había puesto todas sus seducciones en batería... Conocía al Rey... le había recibido varias veces.

—Dígale Vd., exclamó como último recurso, dígame Vd. que estoy aquí, y que yo misma le traigo la *octava voluptuosidad*.

El ayudante tuvo aún el valor de resistir; pero no fué discreto, y el sobrenombre de la *octava voluptuosidad* pasó de la residencia de verano á la capital donde éstas damas se refugiaron, contando con que se les presentaría alguna buena ocasión de encontrar al que venían á ver. Creo que lo consiguieron.

(Concluirá).

S. M. LA REINA REGENTE

Como anunciamos en el último número, S. M. la reina doña Cristina pasó revista el viernes anterior á los cuerpos de la guarnición de Madrid y cantones inmediatos.

La reina vestía un severo traje negro de amazona y montaba un brioso alazán de gran alzada, que manejaba con singular gallardía y soltura.

Impresionaba vivamente el aspecto de la egregia dama, cuya elegante figura se destacaba del brillante grupo de oficiales generales de la escolta, y que con melancólica sonrisa contestaba á las calurosas aclamaciones con que era recibida en su tránsito por la apiñada multitud que formaba en la dilatada carrera.

Es la figura de la reina Cristina, interesante y simpática. Su rubio cabello anudado sobre la nuca, y la animación que prestaba á su rostro la emoción de que se hallaba poseída, la daban la apariencia de una jovencita, y nadie, á no conocerla, sospecharía, al ver aquel talle delgado y elegantísimo, que doña Cristina ha sido madre de tres hijos.

Contrasta singularmente con lo que el pueblo de Madrid está acostumbrado á ver en anteriores monarquías, la modestia de esta señora, que satisface al espíritu más exigentemente democrático.

Muchas veces la hemos encontrado acompañada, bien de la Infanta Isabel, bien de una dama de honor, solas y á pie por la calle de Alcalá, y por lo más solitario del Retiro, llevando el carruaje á larga distancia y pasando entre la multitud como simples señoras particulares que van de compras ó de paseo.

En los sitios reales, durante la temporada veraniega, sale sola con sus hijos por bosques y jardines, y se entrega con ellos á juegos infantiles con el ardor

de una niña que persigue mariposas, juega al volante ó salta en la comba.

Desde la muerte del rey don Alfonso, ni una sola vez se la ha visto en ninguna fiesta, ni diversión pública, siendo la Casa de Campo su retiro favorito, mientras la gente acude á las carreras, á los toros, á donde quiera que hay algún espectáculo donde lucir y gozar.

Su vida es de lo más modesto y sencillo. Compártela entre los deberes que la impone su difícil cargo de Regente, y el cuidado de sus hijos, sin descuidar su propia ilustración y la que tanto necesita para conocer todos los asuntos que se relacionan con la historia y el porvenir de la nación.

Lee la prensa diaria española y extranjera, sin dejar un solo periódico por repasar del enorme montón que todos los días se reúne en su gabinete de estudio ó que la llevan á la terraza de Palacio.

Los que han conocido las interioridades de aquel alcázar en épocas anteriores, están asombrados de la variación que han sufrido las costumbres palaciegas.

Doña Cristina es un modelo de madres, de viudas y de señoras, y el palacio Real un templo de la virtud.

El trato de la Reina es afable y dulce en sumo grado, y nadie que llama á sus sentimientos para obtener una gracia queda descontento.

Es indudable que el espíritu monárquico que antes predominaba en España, ha caído de modo visible desde que nuevas ideas han venido á cercenar el prestigio de esta institución, dividiendo las opiniones. Y sin embargo, la personalidad de la Reina Regente impone su majestad de modo tal, que no hay periódico demagógico que se atreva á arrojar nubes de desprestigio sobre ella, ni labios que no enaltezcan las virtudes privadas y la modestia que públicamente manifiesta la soberana.

Hoy la corte se halla en Aranjuez, y allí puede verse á aquella digna señora recorriendo campos y jardines con la misma libertad que cualquiera propietaria que visita sus tierras.

Los que no saben, aun llamándose monárquicos y defensores del trono, apreciar cuanto vale el retraimiento decoroso de la reina, se lamentan de que en Palacio no se den aquellas fiestas suntuosas que dicen daban vida al comercio y á la industria (?) de Madrid. Y, sin embargo, en ese duelo perpetuo manifestado sin cómicas exageraciones, sino á la manera seria con que otra virtuosa Princesa, la Reina de Inglaterra, continúa llorando la pérdida del Príncipe Alberto, es lo que hace de doña Cristina un tipo simpático, una dama respetable.

Si á la manifestación de su innegable piedad, que ya hemos visto demostrada en el triste suceso de que fué teatro la coronada villa en septiembre último, viniera á unirse algún otro acto en que la Reina pudiese dar pruebas de su clarísimo talento, de su prudencia evidente, el provisional reinado de la augusta soberana que hoy rige, en nombre de su hijo, los destinos

de esta nación desdichada, sería señalado en los fastos de la historia por el reinado más tranquilo, más moral y más verdaderamente constitucional de los que, desde principios de la presente era parlamentaria han venido sucediéndose, y acaso en este período veríamos cumplirse para España muchos de los altos destinos á que está llamada la nación más hidalga y más heroica de la tierra.

JUSTINIANO.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR QUATRILLE

(Continuación.)

—Ha seguido puntualmente las órdenes de Vd...

—¿Cómo?

—Siempre he oído decir á Vd. que deseaba lujo, pero economía al mismo tiempo. En arquitectura, añadía Vd., todo se arregla con filetitos dorados. La estación no era á propósito; Vd. no quiso esperar. Se le habló á Vd. de dar á los trabajos una garantía contra la humedad: creyó Vd. que con esto se le iba á arruinar, que era un dispendio fabuloso, que no había capitales posibles, que...

Entra de nuevo el ugiar, y dice:

—En la antesala espera una señora que desea hablar al señor barón. Dice que es á propósito de una habitación de la nueva casa.

El doctor exclama:

—Esto es sagrado. Le dejo á Vd. con ella.

—Dígale Vd. que entre.

—Caro amigo, dice el doctor, si quiere Vd. tirar hasta el invierno que viene, créame Vd., no vaya á habitar la casa nueva. En este momento esa casa es una verdadera antesala del cementerio. Hasta la vista.

—¡Doctor, me ha ennegrecido Vd. el alma!

El doctor saluda y sale del gabinete.

El ugiar introduce á una joven más bien escéntrica que elegante. Sus cabellos de color de yema de huevo, espolvoreados de oro, se hallan retorcidos y mantenidos encima de la cabeza con un peine de coral. Su toquilla de terciopelo negro deslízase hasta sus ojos. Su falda se halla cogida en bullones sujetos por cadenillas de acero que se desprenden de su cintura. Su sobrefalda es... Pero ahora caemos en la cuenta de que estamos hablando demasiado del traje y muy poco de la mujer.

Mda. Úrsula de Psore (bajo este nombre ha sido anunciada) ha debido ser bella. Si hoy no lo es tanto, más debe culparse á su delgadez que á su edad. Los ojos se le han agrandado y el círculo que les rodea da verdadera lástima. Sus pómulos salientes, sus dientes mate justifican con exceso la tos que la fatiga.

—¿El señor barón de Nefalí?

—Yo soy.

—¿Es Vd. el propietario de la casa número 315 del bulevar Pereire?

—Sí, señora.

—Vengo á hablar con Vd. de la habitación del piso cuarto.

—Una magnífica habitación. Soberbias vistas, una escalera á todo lujo y agua por todas partes.

—Sí, hasta en las paredes.

—¿Cómo dice Vd.?

—La habitación es muy fría; demasiado húmeda.

—¿Fría? Fresca querrá Vd. decir: es decir, empapelada de fresco.

—Por lo demás, precisamente á causa de esto, es por lo que yo deseo habitarla.

—¿Sí?

—Sí, señor. Calculo, por supuesto, que en razón de los peligros que en esa casa se corren, hará Vd. algunas concesiones á los inquilinos.

—¿Que dejen de pagar un mes, por ejemplo?

—¡Cál de ningún modo.

—Sin embargo, no puedo consentir que dejen de pagar eternamente. ¿Vd. no pretenderá esto, sin duda?

—¡Tiene Vd. chanzas lúgubres!

—Únicamente en negocios.

—Sea enhorabuena.

—Pero bien, si Vd. tiene tanto temor á vivir en esa casa, ¿qué es lo que la decide Vd. á quererme alquilar una habitación en ella?

—Voy á decírselo á Vd. ¿Vd. no me habrá tomado por una santa? ¿no es verdad?

—Precisamente por una santa, nó; y como no dispongo de habitaciones para ofrecerlas al calendario...

—Señor barón, cada cual entiende la probidad á su manera; yo quiero jugar con Vd. á cartas descubiertas...

—Señorita, nada de eso me importa, la habitación que Vd. desea cuesta 12.000 francos.

—Espere Vd. un poco. Ya llegaremos al asunto de la habitación. Para ejercer nuestra industria...

—¡Ah! ¿Ejerce Vd. una industria? ¿Una industria ó un estado?

—Una industria...

—¡Enhorabuena!

—Para ejercer esta industria necesito una habitación suntuosa, apariencias lujosas, sin las cuales, preciso es confesarlo, ninguna mosca se agarraría á mi miel.

—¡Perfectamente! ¿Y ha elegido Vd. mi casa para tender su tela?

—Vd. lo ha dicho. La forma no es muy galante que digamos, pero la acepto.

—Pues lo siento por Vd., pero eso no me conviene.

—Según eso, ¿es la primera vez que Vd. se hace una casa?

—¿Y por qué me lo pregunta Vd.?

—Porque si no es ese el primer edificio que hace usted construir, debe Vd. saber que no le queda otro recurso sino dirigirse á nosotras.

—¡Qué es eso de nosotras! ¿Habla Vd. en plural? ¿A qué preciosa corporación pertenece Vd., pues?



LAS GUERRERAS DE DAHOMEY

Nada de cuidar del puchero, como las europeas; valientes como veteranos, van á la guerra, suben al asalto, entran á saco las ciudades y saben cortar perfectamente las cabezas.



AMAZONAS DEL REY DE SIAM

Soberbio regimiento, siamés por arriba, escocés por abajo—particularidad etnográfica.

—Somos en París doscientas *secadoras* bien reputadas. Los que edifican nos conocen de sobra. Yo, hace diez años que no habito más que casas húmedas. Ahora mismo acabo de secar una habitación en el bulevar Malesherbes. Puede Vd. pedir informes. Tengo un pariente que es almacenista de leña y me paga en suministro los favores que le hago. Así es que allá donde vivo hay siempre un fuego infernal. Los propietarios tienen en mí un poderoso auxilio.

—¿Y cuánto tiempo emplea Vd. en secar una habitación?

—Esto depende de su situación, de la estación y de mil cosas más.

—Bien, pero supongamos que se queda Vd. con el cuarto piso de mi casa, ¿empleará Vd. mucho tiempo en hacerle habitable?

—Su casa de Vd. es deplorable. Hay mucho que hacer en ella, y por lo tanto, me había Vd. de hacer grandes concesiones.

—¿Si le diese á Vd. la habitación por 8.000 francos, eh?...

—Vd. se burla. Lo menos se han de gastar 3.000 francos en ella.

—Pongo que no creerá Vd. que voy á dársela

—Dispenseme Vd., pero eso es precisamente lo que

—Pues espere Vd. sentada.

—Pues no alquilará Vd. la habitación.

—Lo prefiero.

—Se deteriorará.

—Ya lo veremos.

—Y apuesto á Vd. á que cualquiera otra especialista le pedirá dinero por habitarla.

—¡No faltaría más que eso!

—Mda. de Bellefosse, que seca los entresuelos de la calle del Príncipe Eugenio, pide 2.400 francos y quema carbón en lugar de leña, como hago yo. Pregunte Vd. á todas las de la sociedad; si tienen conciencia, no podrán menos de reconocer que la leña seca con más prontitud y no ennegrece nada.

—¡Ah! ¿Vd. quema leña?

—Mda. Máxima, que seca el barrio de San Germán, recibe en este momento 3.000 francos; y así me muerá delante de Vd., si yo no soy más limpia que ella. Nadie como yo para mantener limpio el cobre, pulir el hierro, dar juego á las cerraduras y deshinchar los muebles. Esto es una vocación; ó se tiene ó no se tiene. Y además, que todos estos cuidados me sirven de entretenimiento. Devolveré á Vd. su habitación limpia como un Louvre, seca como un Sahara, y más bonita de lo que Vd. me la entregue.

(Continuará).

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

